

MARCO VICHI

El recién llegado

Traducción de Cristina Zelich



Duomo ediciones

Barcelona, 2018

Título original: *Il nuovo venuto*

© 2004, Ugo Guanda Editore, S.p.A., Parma

© 2005, de la traducción: Cristina Zelich González

© 2018, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomosediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-99-6

Código IBIC: FA

DL B 9482-2018

Composición:
David Pablo

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Vittoria

Incluso Dios empieza a no escuchar.

ANÓNIMO DEL SIGLO XXI

*Por tu bien,
que cada noche te ilumine la luna,
que no sientas nunca dolor,
que todos los días te ilumine el sol,
esto es lo que yo te deseo,
desde hoy hasta que Dios quiera.*

GRAZIA DELEDDA

Florenxia, 12 de diciembre de 1965

El brigada Baragli estaba tumbado en la cama más próxima a la ventana, con un tubito clavado en el brazo. Miraba hacia fuera. Detrás de los edificios del hospital entreveía las colinas de Carreggi, cubiertas de árboles. El cielo estaba encrespado de nubes blancas, parecía un rebaño de ovejas. Según un antiguo dicho, en un par de horas diluviaría.

Baragli tenía el rostro sudado y estaba muy pálido. En cuestión de pocos días había adelgazado al menos cinco kilos. Todavía no se había dado cuenta de que tenía una visita. Bordelli acercó la silla a la cama y se desabrochó la chaqueta. En la habitación hacía mucho calor.

–¿Qué tal te encuentras, Oreste?

–Comisario, no le había visto. Mi mujer se ha ido hace poco.

–Me he cruzado con ella abajo. ¿Cuándo te envían a casa? –preguntó Bordelli, fingiendo no saber que los médicos lo daban por sentenciado.

–Todavía no sé nada –dijo el brigada.

Respiraba afanosamente y le costaba hablar. Tenía poco menos de sesenta años. Había pasado la vida en la policía y durante el Veinteno su vida no había sido fácil debido a la escasa simpatía que sentía por el fascismo. Se había jubilado hacía tres años y unos meses, y después había caído enfermo. Lo habían operado varias veces del estómago, la última hacía unos días.

–¿Y tu hijo? –preguntó Bordelli.

–Sigue en Alemania, comisario. Quizá venga en Navidad.

En la habitación había otras cinco camas, todas ocupadas. Al-

gunos de los enfermos tenían visita. Uno de ellos debía de ser bastante joven. Tenía la cara amarillenta y enjuta, pero intentaba sonreír. Su mujer le había traído periódicos.

–¿Necesitas algo, Oreste? –dijo Bordelli.

–Me gustaría un libro, uno bueno, que me enganche...

–Te lo traeré.

–Gracias, comisario. Y usted, ¿va todo bien?

–No exageremos...

–¿Sabe una cosa? Si volviera a nacer, volvería a ser policía –dijo Baragli mirándole fijamente con aspecto resignado.

El comisario sonrió. Le daba pena aquel viejo policía vencido por la enfermedad. Baragli siempre se había mostrado amable con todos, incluso con los que arrestaba. Las prostitutas lo apreciaban y lo llamaban *abuelo*. Pero había alguna categoría de delinquentes que Oreste no había conseguido digerir, sobre todo una: los macarras. Cuando los había tenido a su alcance, habían volado las bofetadas, y nadie había intentado detenerlo jamás. Eran bofetadas sanas, como las que da un padre a su hijo.

–¿Algún homicidio, comisario? –preguntó Baragli.

–Nada nuevo.

El comisario se puso a explicar alguna anécdota sucedida en la comisaría. Sabía que Baragli se divertía oyendo hablar de los compañeros. El viejo brigada lanzaba de vez en cuando una mirada fuera de la ventana. Tenía la boca arrugada y el poco pelo que le quedaba era totalmente blanco. En los últimos seis meses había envejecido mucho. Intentó incorporarse y se le escapó un gemido. Se llevó una mano al estómago haciendo una mueca.

–¿Te duele?

–No es nada, son los puntos, que me tiran –contestó Baragli, dejándose caer de nuevo sobre la almohada.

–¿Qué buscabas?

–Mi mujer me ha traído cartas, están ahí en el cajón.

El comisario cogió la baraja nueva de Modiano y se pusieron a jugar a la brisca mientras charlaban. El brigada jugaba con el tubito en el brazo, moviendo lentamente las manos.

Bordelli perdió la partida y barajó las cartas para volver a repartirlas. El brigada se enjugó el rostro con el pañuelo que siempre tenía al alcance de la mano.

–En cuanto salga de aquí, quiero pasarme un año pescando –dijo.

–Por lo menos una vez vamos juntos –mintió Bordelli.

Jugaron todavía un rato. Baragli estaba cada vez más débil. Le temblaban las manos y respiraba mal.

–Al menos espero estar en casa por Navidad –dijo, mientras el comisario barajaba de nuevo las cartas.

Bordelli había vuelto a perder, no conseguía concentrarse lo necesario.

Empezó a lloviznar. Las gotas dejaban un rastro brillante en los cristales sucios.

–Mi mujer me ha dicho que ayer en el Nacional salió Rita Pavone, ¿la vio? –preguntó el brigada.

–Regresé tarde a casa.

–A mí Pavone me gusta mucho... Le toca a usted, comisario.

A las nueve ya se habían marchado todos los visitantes. Uno de los enfermos más ancianos se había quedado dormido y roncaba suavemente, con los ojos entrecerrados. Estaba justo delante de la cama de Baragli. Tenía la piel de la cara pegada a los huesos. El comisario ganó finalmente la partida. Miró el reloj.

–Tengo que irme –dijo.

Guardó de nuevo las cartas en el cajón y se levantó. Posó la mano sobre la del brigada, delgada y llena de venas.

–Adiós, Oreste.

–Gracias, comisario, salude a todos de mi parte.

–Volveré pronto –dijo Bordelli, apretándole los dedos. Estaba a punto de marcharse, pero el brigada lo retuvo agarrándole la mano.

–¿Qué tal está el pequeño sardo? –preguntó.

–Si te oyera Piras...

–Ahora ya se debe de haber acostumbrado. ¿Ya puede andar?

–De momento solo con muletas, pero, por lo que dice, está haciendo progresos.

–Los sardos son duros de pelar.

–Quiere reincorporarse al servicio en enero, pero creo que antes de marzo...

–Me gusta ese muchacho –dijo Baragli.

–A mí también.

–Salúdelo de mi parte.

–La próxima vez te traeré un libro –dijo Bordelli con una media sonrisa, y luego se encaminó hacia la salida sintiendo en su interior una gran tristeza. En el umbral se giró para dirigirle un último gesto de adiós, pero el brigada se había dado la vuelta hacia la ventana y no se dio cuenta.

Piras estaba en Cerdeña, en Bonarcado, en casa de su padre Gavino, compañero de armas de Bordelli durante la guerra de Liberación.

Tres meses antes, durante una operación rutinaria de control en Via Faventina, la patrulla de Piras había dado el alto a un Giulietta con matrícula de Bolonia, pero, en lugar de los documentos, los cuatro señores del coche habían sacado ametralladoras y pistolas y habían empezado a disparar como locos. Después habían dado media vuelta y se habían escapado dejando en el asfalto tres policías y mucha sangre. El agente Cassano murió en el acto, alcanzado en la cabeza por una ráfaga; Sbigoli resultó con un brazo roto en dos puntos; a Piras lo llevaron urgentemente al hospital con el rostro cubierto de sangre. Parecía agonizante, pero la sangre que le empapaba la cara y el tórax provenía de un pequeño rasguño en la frente. Otro proyectil le había alcanzado en el hombro derecho; lo había atravesado sin provocarle lesiones importantes.

Las heridas más graves las tenía en las piernas: tres proyectiles habían penetrado en el muslo derecho destrozando el fémur; otros dos se habían incrustado en la pierna izquierda, uno de ellos muy próximo a la rodilla. Había tenido mucha suerte porque los señores del Giulietta le habían apuntado a la cabeza y al pecho. Los primeros proyectiles le habían dado a Piras en el hombro

y lo habían derribado, las ráfagas sucesivas no habían dado en el blanco solo porque darle a un hombre tumbado no es tan fácil como cuando está de pie.

El Giulietta lo habían encontrado a pocos kilómetros del lugar de los disparos y, obviamente, resultó que lo habían robado. Bordelli dirigió personalmente una caza al hombre, que terminó pocos días después en la campiña en torno a Bivigliano, con dos detenciones y dos cadáveres. Probablemente los dos muertos se podían haber evitado, pero los agentes que habían encontrado a los huidos no habían tenido ganas de evitarlos.

Los señores del Giulietta eran cuatro delincuentes milaneses fichados, tres de ellos se habían fugado un mes antes de la cárcel de San Vittore. Iban bien provistos de armas y se habían organizado para robar en Emilia-Romaña y en Toscana, y regresar enseñada a su base en los Apeninos, cerca de Sasso Marconi.

El día del tiroteo, Bordelli había telefoneado a la novia de Piras, Sonia Zarcone, la hermosa palermitana rubia por la que el sardo había perdido la cabeza. La muchacha ni siquiera se puso a llorar, enseguida hizo todo lo posible para ayudar a su novio durante aquellas primeras semanas fastidiosas de hospital.

A Piras le operaron varias veces en Santa Maria Nuova, y cada vez parecía que iba a ser la última. Por fin los cirujanos decidieron que ya no se podía hacer nada más y lo habían dejado «en libertad», como decía el sardo. Para la convalecencia, los médicos le obligaron a tomarse unas largas vacaciones y decidió irse a Cerdeña, a casa de sus padres, que hasta su llegada no supieron lo que había sucedido. Sonia se había quedado en Florencia porque tenía dos exámenes importantes, pero, después de alguna que otra discusión, por fin llegó el teléfono a casa de Piras y pudieron llamarse a menudo. De no haber sido así, el sardo hubiera tenido que utilizar uno de los pocos teléfonos del pueblo, el del cura. Y para decirse ciertas cosas, una sacristía no era el lugar más adecuado, decía Piras con una risita. Al parecer, Sonia era una muchacha muy explícita, cosa que contradecía los clichés sobre los sicilianos. Aquella libertad le venía de una familia un poco especial: su padre era medio siciliano y medio español y enseñaba

economía en la Universidad de Palermo; su madre pertenecía a una antigua familia siciliana.

La instalación del teléfono en casa Piras tuvo además otra consecuencia, Bordelli pudo finalmente hablar en persona con Gavino. Se habían puesto a recordar a los compañeros muertos durante la guerra, a recordar los momentos más peligrosos. Hablar con alguien que había vivido todas aquellas cosas hacía que todo apareciera más nítido y doloroso. Gavino se había puesto a maldecir la mina que le había arrancado un brazo, su rabia contra los alemanes seguía viva como hacía veinte años. Luego cambiaron de tema y cada uno hizo un resumen de lo que había hecho después de aquella maldita guerra. Se despidieron prometiéndose verse pronto, pero, con el mar de por medio y el trabajo que ninguno de ellos podía abandonar, no resultaba fácil mantener la promesa.

De vez en cuando, Piras hijo llamaba a Bordelli para saludar y también para enterarse de si se estaba perdiendo algún caso interesante. La última llamada había sido hacía un par de semanas.

—Cada vez estoy mejor, comisario: todavía cojeo un poco, pero todo va bien. En enero vuelvo a trabajar.

—No tengas prisa, volverás cuando los médicos te lo digan.

—¿Muertos asesinados?

—Nada, por suerte... ¿Qué tal con Sonia?

—Bien..., pero empiezo a pensar que los sicilianos tienen la cabeza más dura que los sardos.

—No te quejes, Piras, eres un afortunado.

—Lo sé, comisario... ¿Cómo está Baragli?

—Cada vez peor.

—Joder...

—Es un verdadero desastre.

—Pobre... Salúdalo de mi parte.

—¿Y Gavino?

—Nadie puede con él, está hecho con las piedras de las nuragas. Siempre está en el campo, cavando con la azada y sembrando, dice que quizás en primavera consiga comprarse un motocultor.

—¿No será un problema con un solo brazo?

—Ha probado el de un amigo y dice que funciona.

- Dale un abrazo de mi parte.
- Gracias, comisario...
- Dale también un beso a Sonia.
- A Nina solo la beso yo.
- No te hagas el siciliano...
- En enero cojo el trasbordador, comisario, palabra de Pietri-
no Piras.
- Adiós, chaval, ya hablaremos.

15 de diciembre

Lo encontraron aquel miércoles con unas tijeras clavadas profundamente en el cuello, en la base de la nuca. Tijeras de despacho, de esas puntiagudas. Cuando los camilleros de la Misericordia se llevaron el cadáver, los inquilinos del edificio estaban todos a la puerta de sus hogares, mirando. Una mujer del segundo piso había dicho: «¡Así aprende, ese cerdo!». Y a continuación se había santiguado para hacerse perdonar por aquella fea exclamación.

El muerto, Totuccio Badalamenti, era un usurero. Vivía a escasas manzanas de la casa de Bordelli, en Piazza del Carmine, en el último piso de un hermoso edificio de piedra. Había llegado del sur, como muchos inmigrantes en aquella época. Hacía poco más de un año que estaba en la ciudad y como tapadera ejercía de agente inmobiliario. En el barrio le llamaban «el recién llegado»; si no le hubieran asesinado, le hubieran seguido llamando así siempre. Todo San Frediano sabía a qué se dedicaba, aunque Badalamenti por precaución no hacía *negocios* con los que vivían en la zona. De vez en cuando, el comisario lo veía pasar por aquellas pobres calles con su Porsche rojo. Llevaba gafas con una montura dorada muy delgada, tenía la cabeza cuadrada y el pelo tan encrespado que parecía estropajo del que se usa para desengrasar las cazuelas.

Badalamenti prestaba dinero, incluso cantidades muy pequeñas, y pedía intereses odiosos. Aplicaba penalizaciones de suici-

dio a quienes se retrasaban. Era un hombre violento. Corría el rumor de que le gustaba pegar a las prostitutas que se llevaba a casa, aunque después las recompensaba pagándoles el doble. Era muy rico y sacaba partido de su dinero con todo tipo de trapicheos. Sobre su fortuna corrían muchas leyendas, por ejemplo que allí en el sur había comprado una isla entera solo para ir a bañarse. Compraba casas y terrenos en las subastas y los revendía, y a menudo se trataba de los bienes de aquellos a los que él mismo había arruinado. Incluso a veces alquilaba apartamentos en mal estado por poco dinero, los arreglaba someramente y los realquilaba por tres veces su precio a personas con problemas, delincuentes de baja estofa, prostitutas. Se quedaba con una copia de las llaves de todos los apartamentos y, cuando un inquilino se marchaba por un periodo superior a dos semanas, conseguía realquilar las habitaciones a otros desgraciados que pagaban un precio muy elevado. Algunos decían que Badalamenti controlaba a unas cuantas prostitutas allí en el sur y que incluso tenía negocios con la Cosa Nostra. Se decían y se inventaban muchas cosas sobre él, pero empapear a Badalamenti no era cosa fácil. Era muy hábil mezclando el trabajo de agente inmobiliario con su verdadera ocupación.

Bordelli se ocupaba de homicidios; sin embargo, aquel usurero que vivía a pocos pasos de su casa le molestaba como una china en el zapato. Así pues, unos meses antes había empezado a interesarse por él personalmente. Ya en febrero había ido a hablar de aquel asunto con el jefe de policía, Inzipone. Le había explicado quién era aquel hombre y lo difícil que resultaba encontrar pruebas para arrestarlo.

–Sería necesario que alguien le denunciara –había dicho Inzipone, pensativo, sujetándose la barbilla con la mano. No parecía muy interesado por el asunto.

–Usted ya sabe que nadie hará algo parecido, quien lo hiciera correría el riesgo de acabar asesinado –había respondido Bordelli, un poco molesto.

–Entonces no me haga perder el tiempo y dígame en qué está pensando.

–Necesito una orden de registro.

–¿Ah, sí? Y ¿cuál sería el motivo?

–Encuéntrelo usted... Hasta las piedras saben quién es y a qué se dedica ese señor.

–Le hago notar que sin pruebas, ante la ley, podrían ser solo malas lenguas, Bordelli... Además, creo que usted está destinado a Homicidios... ¿o me equivoco?

–Bueno, si no consigo esa orden, actuaré a mi manera –había contestado el comisario levantándose.

–¿Y qué hará, Bordelli? ¿Entrará ilegalmente en su casa..., como ya ha hecho otras veces?

–Soy un policía e intento hacer mi trabajo lo mejor que puedo.

–Un comisario que fuerza las cerraduras... ¿Le parece serio? Se imagina qué sucedería si...

–Inzipone, dígame solo una cosa: ¿me ayudará a conseguir esa orden, sí o no? –había vuelto a preguntar Bordelli, de pie frente a la mesa de despacho.

El jefe de policía había suspirado con fuerza, mordiéndose el labio.

–Veré qué puedo hacer –había contestado.

–Dese prisa, hay que detener a ese hombre.

–¿Y si el registro no da resultado?

–Revolveré toda la casa, la desmontaré pieza por pieza... Estoy convencido de que encontraré algo.

–¿Está seguro de ello?

–Digamos que estoy seguro de que vale la pena intentarlo –había concluido Bordelli, que, saludando con la cabeza, se había dirigido hacia la puerta.

Inzipone se había levantado.

–¿Alguna vez le he dicho, Bordelli, que sus métodos no me gustan?

–Creo que sí.

–Se lo confirmo, sus métodos no me gustan nada.

–Le juro que lo siento.

Bordelli había cerrado la puerta tras de sí y había oído al jefe de policía farfullar una blasfemia entre dientes.